

de todo lo criado llenar nuestro corazón, si nada basta, ni del Cielo, ni de la tierra, fuera de Dios, á darle descanso cumplido á nuestra alma; nada, fuera de Dios, es el fin para que fuimos criados: busquemos, pues, solo aquel fin donde hemos de hallar nuestro descanso, nuestra quietud y nuestra Gloria.

PLATICA XII.

DEL FIN ULTIMO PARA QUE FUIMOS CRIADOS,
QUE ES SOLO DIOS.

A 29 de Junio de 1690.

Si fuera tan fácil de conseguir, como es fácil de adivinar lo que todos desean, lo que todos apetecen y lo que todos buscan, nadie habria que no fuese cabalmente dichoso.

Prometióles en Atenas un farsante á sus oyentes, que á la primera vez que se juntasen en el Teatro, les habia de ir adivinando á cada uno lo que tenia en su pensamiento. Promesa fué esta, que corriendo la voz, se alborotó el lugar, se picó la curiosidad y se apiñó de innumerable gente el concurso.—¿A ver cómo adivina? ¿A ver qué nos dice?—Tan antigua es la curiosidad en los oyentes: quizá por eso suele ser tan poco el provecho. Ya juntos, y ya con los deseos impacientes, cuando por oirlo adivinar no chistaban, el taimado, despues que puesto en el Teatro les dió bien á desear su adivinanza, con mucha socarra les dijo: *Ea, ¿qué vá y que os adivino lo que teneis en el pensamiento? Pues mirad: Omnes vultis vili emere, et caro vendere*: todos queréis comprar barato y vender caro. ¿No es así? Mi-

ráronse los unos á los otros, y asomándoles la risa á confesar la verdad: acertó, acertó, decían.—Debia de ser despacho de Flota, si es que para esto son menester despachos, los unos á comprar barato, los otros á vender caro. Eso teneis todos en vuestros pensamientos.—Acertó, gritaba el aplauso.—No acertó, ignorantes, dice haciéndoles callar S. Agustin, que es quien lo refiere. (S. Aug. *l. 13. de Civ. c. 3. It. Conc. 2. in Ps. 32.*) No acertó, que no todos tienen siempre esos pensamientos: muchos habria allí que ni tendrían que vender ni que comprar; muchos, que por conseguir una alhaja de su estimacion no reparan en que sea cara; y muchos tambien, que como compran para no pagar, se les dá muy poco del precio; que por eso quizá se dijo: *El codicioso y el tramposo presto se conchaban.* Luego no á todos les adivinó el pensamiento.

Ahora; ¿vais que yo mejor os lo adivino? Pues mirad, todos deseais ser bienaventurados, conseguir el descanso, la quietud y el gusto; ninguno quiere ser desdichado. *At si dixisset* (corrige Aug.) *omnes beati esse vultis, miseri esse non vultis, dixisset aliquid, quod nullus in se non agnosceret.* ¿No es así, Fieles? Hay alguno en todo mi auditorio; ¿qué digo? ¿Hay alguno en todo el mundo que no tenga estos deseos, estas ansias? Id preguntando uno á uno: Soldado, ¿qué buscas por tantos peligros?—Tener despues descanso en la paz.—Navegante, ¿qué buscas por tantos riesgos?—Tener descanso alguna vez en mi casa.—Oficial, mercader, labrador, hombre, muger, ¿qué buscas con el afan, con la diligencia, con la fatiga, con el cuidado? ¿Qué buscas? ¿qué deséas? ¿qué quieres?—El descanso, la conveniencia, el gusto: ese es el fin á que corren como líneas buscando el centro, todos los

cuidados de los hombres. ¿Pero quién en el mundo lo consigue? ¡Oh, Dios! Respóndame uno solo de mi auditorio: ¿qué digo de mi auditorio? respóndame uno sólo del mundo si tiene cabal descanso, si está del todo contento. ¿No tienes ya nada que desear? ¿Quién me responde? ¿Quién ha de responder, si un Alejandro, Señor de todo un mundo, porque solo en relacion le faltaba otro, se pone afligido á llorar? ¡Pues, válgame Dios! Este descanso cumplido, esta quietud entera, este gusto cabal, si todos lo buscan en el mundo, ¿cómo no hay ni ha habido en el mundo ninguno que lo halle? Yo os lo diré, dice S. Agustin, aun mas de experimentado que de sábio, en el Libro de sus Desengaños, que él llamó Confesiones: (*L. 4. Conf. c. 12.*) *Non est requies ubi queritis eam: querite quod queritis; sed ibi non est ubi queritis.* ¿Sabeis por qué no hallais el descanso? Porque lo buscais donde no está. El enfermo no envia por las medicinas á la platería, no, sino á la botica. ¿El que busca una pieza de plata vá á preguntar por ella en la botica? ¿No viene á la platería? Pues si cada cosa se busca en el lugar donde está, si buscais el descanso donde no está, ¿qué descanso quereis? Buscadlo, buscadlo, no os digo que no busqueis: *Querite quod queritis;* pero sabed que no está donde lo buscais.—Pues si lo hemos de buscar, ¿dónde está ese descanso, para que allí buscándolo lo hallemos?

Esta misma es la pregunta que hoy se nos sigue en el Catecismo: *¿Para qué fin fué criado el hombre?* ¡Oh, si la respuesta la pudiera yo grabar con una punta de diamante en todos nuestros corazones! Responde, pues, así: *Para amar y servir á Dios en esta vida, y despues verle y gozarle en la otra,* ese es nuestro fin: ¿Ese es nuestro fin?

pues confieso, yo conozco que nuestro principio fué el mas vil y el mas abatido del mundo: *Pulvis es*, somos polvo por nuestro principio; pero por nuestro fin, salga el Angel mas puro, salga el Querubin mas sábio, salga, salga el Serafin mas encumbrado, y díganme si tienen fin mas noble, mas sublime, mas soberano. Hombres, para ver á Dios fuimos criados, para descansar en Dios, para poseer á Dios, para gozar de Dios. ¿Qué buscan nuestros deseos, si esto no buscan? ¿Qué solicitan nuestros cuidados, si esto no solicitan? ¿No buscáis el descanso, la quietud y el gusto? Pues el medio es servir á Dios en esta vida: todo lo demas es engaño. *Venid á mí todos los que andáis afligidos, que sois todos*, os dice Jesucristo: *Venid á mí todos los que debajo de la carga gemís afligidos del peso, que sois todos. Venid á mí, y yo os aliviare; tomad sobre vosotros el yugo de mi ley y allareis el descanso: Et invenietis requiem animabus vestris.* ¿Puede ser el medio mas suave? No hay quien no pueda emprenderlo al punto. Si para entrar en el cielo fuera menester ser prelado, príncipe ó monarca, podian tener excusa los inferiores, los súbditos, que no tenian medio para lograr tan alto fin. Si para ver á Dios fuera menester ser muy sábio, ser muy docto, quedaríanse siempre en tinieblas los ignorantes, sin llegar á gozar de aquella luz inmensa. Si para llegar á poseer aquel Reino eterno fueran menester las riquezas, pobres de los pobres, quedaríanse entre sus gemidos, y las puertas del Cielo se les hicieran de diamante. ¿Pues qué medio basta para que podamos conseguir un fin tan alto? ¿Qué diligencia para llegar á gozar aquel descanso eterno? Sola esta: *servir á Dios en esta vida.*—¿Y esto sin dis-

tincion de persona?—Sí, que si el pobre esclavo le ha servido, y el amo no ha guardado sus Mandamientos, el esclavo descansará en su eterno fin en el Cielo, y el amo padecerá su fin en el infierno. Si el plebeyo, si el abatido, si el pobre le han servido, se verán sublimados en la Corona; y el grande y el poderoso, y el Monarca se verán en eterna infamia.

Dió, pues, Dios tan soberano fin sin distincion de personas, con igualdad á todos los estados, á todos los sexos, á todas las personas, para que no se engria el poderoso, viendo que el que ahora á sus puertas abatido le pide una limosna, que el que esclavo que ahora tan humilde le sirve, será tan bueno y tan glorioso como él en el Cielo, si no es que se le aventaje por sus obras en la gloria: para que no se aflija el pobre, el necesitado y el enfermo viendo que si él sabe lograr en el servicio de Dios esas temporales desdichas, le esperan felicidades eternas. Eso es en cuanto á las personas; ¿y en cuanto á los medios para conseguirlo? Nada hay que nos estorbe. Persuadámonos, oyentes míos, y esto no es piedad sino fé, que todo cuanto hay en el mundo, con todas sus criaturas, todos son medios que nos previno Dios para conseguir nuestro fin, que es servirle y gozarle. Cuantas riquezas y pobreza; cuantas enfermedades y saludes; cuantas hermosuras ó fealdades; cuantas honras ó deshonoras, todas son medios, ó para que el rico con sus riquezas le sirva, ó para que el pobre con sus necesidades le busque, ó para que el sano emplé en su servicio sus fuerzas, ó para que el enfermo le logre con su paciencia en sus dolores, ó para que el que se ve honrado, ajuste mas sus obras segun sus obligaciones; ó para que el que se ve abatido alien-

te sus procederés á ganar la honra eterna. Todos son medios, que nos ván encaminando á nuestro fin último. ¿Pues qué nos falta para conseguirlo? ¡Oh, Dios! Solo nuestro querer, solo nuestro querer.

Pensar esto, bastó para convertir á aquel gran Cortesano que rfiere San Agustin: (*L. 18 Conf. c. 6.*) era de los primeros en la familia del Emperador; y cuanto más adelantado entre favores y esperanzas, púsose á pensar en su fin: ¡Válgame Dios! decía, ¿qué pretendo yó? ¿qué busco con tan prolijas asistencias, desvelos, cuidados y servicios? *¿Omnibus istis laboribus nostris quó ambirvus pervenire?* Qué puedo yo alcanzar aquí con cuanto más feliz me suceda? La gracia del Emperador, su amistad, su privanza, eso es más; y para eso ¿cuántos peligros de caer? ¿cuántas emulaciones? ¿cuántas envidias? Y conseguida esa privanza, ¿cuánto me ha de durar? ¡Oh, Dios! ¿Esto hay? ¡Y todo esto es menester para ser amigo del Emperador? Pues, y si yo quiero ser amigo de Dios, ¿qué me falta? Nada, nada, solo conque yo quiera lo seré al punto. Ahora, ahora seré amigo de Dios si quiero. ¡Oh, Señor! pues vuestro amigo quiero ser desde luego: *Amicus autem Dei, si voluero, ecce nunc fio.* Almas, almas ciegas y perdidas, ¿dónde andamos malogrando nuestras fatigas y nuestros deseos? ¿Apeteceis la honra, el esplendor, las riquezas? En Dios las hallareis infinitas, seguras y eternas: *Gloria, et divitiae in domo ejus.* ¿Os tiran los placeres, los divertimientos y las delicias? En Dios está el torrente inmenso que inunda de deleites á todos los Bienaventurados: *Et torrente voluptatis tuae potabis eos.* ¿Os agrada lo sazonado de las viandas, la variedad de las bebidas? En Dios está el com-

pendio inmenso de todas las dulzuras: *Quam magna multitudo dulcedinis tuae Domine.* En Dios está como en su fuente toda la suavidad de las bebidas más delicadas: *Inebriabuntur ab ubertate domus tuae.* En Dios están los banquetes más abundantes que satisfacen sin fastidio, que deleitan sin daño y que sacian sin hastío, sin molestia y sin pesadumbre: *Satiabor cum aparuerit gloria tua.* ¿Os divierte la hermosura de los campos, la amenidad de los jardines, la variedad apacible de las flores? Toda esa hermosura en Dios la hallareis junta, sin que el sol la seque y sin que el tiempo la marchite: *Et pulchritudo agri mecum est.* Y en fin, ¿os roba las atenciones cuanto en este mundo hay de admirable en su fábrica, de rico en sus minerales, de sazonado y gustoso en sus frutos, de matizado y vario en sus flores, de armonioso y canoro en sus aves, de acomodado á vuestro servicio, de gusto en sus brutos, de rico y brillante en sus piedras? Pues todo no es más que un destello; no es más que un rayo, no es más que una gota de aquel inmenso mar de hermosura, de aquel Sol de infinita belleza: *Meus est enim orbis terrae, et pulchritudo ejus.*

Ya, pues, entrad en consejo interesados pensamientos míos, entrad en consejo: si podeis en un solo bien comprarlos todos juntos, ¿qué ceguedad es la vuestra? ¿qué locura, que así perdeis este infinito logro por tantos daños? Si Dios es la suma de todos los bienes, ni hay que buscar debajo de Dios, ni más allá de Dios, dice S. Agustin: nada debajo de Dios, porque todo es frívolo, engañoso, caduco; nada más allá de Dios porque no hay nada: *Bonorum summa nobis Deus est, neque infra manendum est, nec ultra quaerendum quia alterum est frivolum, alterum nullum.* (August. in Procem. in Ps.

121.) Pues si en Dios lo tienes todo, ¿qué buscas fuera de Dios, alma? Allí está el manantial de todas las felicidades, allí la fuente que sin agotarse enriquece al mundo de bienes é inunda los Cielos de Gloria: allí el centro de toda la tranquilidad, donde solo tendrán quietud todas nuestras ansias: allí el fin, donde solo se podrán satisfacerse todos nuestros deseos. Ese es tu Dios, alma, ese es tu fin; si éste consigues, todo lo consigues; si éste pierdes, todo lo pierdes: *Dios mio, y todas las cosas*. Aguardad: ¿quién decia esto? Un pobrecito que nada tenia sobre la tierra; un humilde que el lugar mas ínfimo escogia para sí en el mundo; un abatido que se tenia por el lodo de las plazas; un Francisco: ¿no le conocéis ya? pues ese pobrecito, ese humilde con solo tener á Dios, todas las cosas tenia: Dios mio, y todas las cosas, *Deus meus, et omnia*. Pues ahora mira lo que decia al morir Enrique VIII; aquel sacrilego, aquel maldito, á quien en el infierno le sirve de infame coraza la Corona que fué de Inglaterra. Puso todo su fin en lograr todos sus apetitos, y entregó toda su alma á la mas bestial y monstruosa torpeza. Repudiada su legítima esposa, se amancebó con la vilísima ramera Ana Bolena; y por llevar adelante esta infamia, perdió á Dios el respeto y al mundo la vergüenza; negó la obediencia á la Suprema Silla de San Pedro y se hizo cabeza de la infernal hidra de la Heregía Anglicana: destruyó en un año diez mil Templos; saqueó y robó en este año mil Monasterios; asoló todas sus aras á la Religion por erigir torpes altares á la impiedad; derramó rios de sangre católica; quitó muchas vidas, robó todas las haciendas; y lo que es mas lamentable, condenó innumerables almas. Y cuando á desafueros de la tiranía, aun mas

que á derechos de su Corona, lleno de riquezas, anegado en delicias, sumido y atollado en torpezas, todavía su corazon estaba sin hartarse inquieto; hé aquí la muerte, que postrándolo en una cama, le hizo confesar la verdad; y ya para espirar entre los últimos alientos, tomando exfuerzo, acabó su maldita vida con estas palabras: *Omnia perdidimus*; todo lo hemos perdido. ¡Oh, qué verdad tan lastimosa! Perdiste, Rey desventurado, tu Reino; perdiste tus riquezas; perdiste tus delicias; perdiste tus gustos; perdiste la vida temporal y perdiste la eterna: perdiste tu alma y perdiste la Gloria solo porque perdiste á Dios, que era tu fin: *Omnia perdidimus*. ¡Oh, Fieles! cotejad ahora este *omnia* de Enrique VIII con aquel *omnia* de S. Francisco. Enrique con todo un Reino poderoso, solo porque pierde á Dios, todo lo pierde: *Omnia perdidimus*. Francisco desnudo, humilde y pobre, porque solo tiene á Dios, todo lo tiene; Dios mio, y todas las cosas: *Deus meus, et omnia*. ¡Oh, y si atendiéramos á este fin en todas nuestras obras, en todas nuestras acciones y pensamientos, encaminándolos todos á conseguirlo, y dejando todas aquellas que de este soberano fin nos apartan! Esta es toda la sabiduría de los Santos, ¡y ojalá que éste fuera todo el provecho de nuestras Doctrinas!

Cuenta Fray Tomás de Cantimprato, (*in Man. Exemp. ver. fin.*) que un mancebo habiendo ido á una feria, entrando en la plaza iba visitando varias tiendas de diversas mercaderías; aquí los tejidos, allí los lienzo, poblado todo y surtido de mercaderías. Llegó en esto á una tienda del todo vacía, barrida y sin muestra de nada. Estaba en ella un venerable viejo; y, fuese por curiosidad ó por burlarse: Señor, ¿qué vende usted, le dijo, porque aquí

no veo nada?—Lo que yo vendo, respondió muy mesurado el anciano, es la sabiduría.—¿La sabiduría? Ahora lo oigo: estaba yo en que era regalía suya, pues que ni con los muchos dineros se compra, ni con los altos puestos se alcanza. Pero pues usted dice que la vende, vámonos conchavando.—Sea en buena hora. Pidióle el viejo una gran cantidad, y de contado exhibióla. Y entonces el viejo le dijo: *Mira, en todas tus obras, en todas tus acciones, piensa siempre lo primero á qué fin has de llegar con ellas.*—Está bien; pero venga la sabiduría que yo compro.—¿Pues qué mas sabiduría quereis que esa? Ya os la he entregado.—¿Cómo? ¿y esa es toda la sabiduría?—Sí señor.—No vale eso, llámome á engaño, venga mi dinero. Entendí yo que me habia de dar todo un tropel de noticias, todo un almacen de textos y toda una flota de ciencias: eso es sabiduría; pero esa es vejez: ¿con eso me viene ahora?—Con eso, y en eso está toda la suma de la sabiduría: anda y nunca lo olvides, y escribe en todas partes y en todas las paredes de tu casa esta sentencia, y allá lo verás.—No fué menester poco para apaciguar al mancebo que se daba todavía por engañado: fuése en fin y escribió la sentencia en su casa, y púsola patente: *En todas tus obras, etc.* Pasados algunos dias ofreciósele que vino un barbero á afeitarlo, y habiendo ya empezado, advirtió que se suspendia, que se turbaba; y en fin parado, no acertó á proseguir.—Maestro, ¿qué le ha dado?—Yo lo confesaré claro, dijo él: Ha de saber usted que yo, pagado de unos enemigos suyos, venia con ánimo de matarlo ahora; pero desde que entré y leí aquella sentencia que usted tiene allí escrita, empecé á discurrir sobre ella: ¿á qué fin puedo yo ir á parar con una acción tan injusta?

y ésta me ha detenido, me ha turbado, á usted le ha dado la vida y á mí me ha hecho confesarle la verdad.—Entonces conoció el mancebo cuán bien dado habia sido el precio que dió por la sabiduría, que en sí contiene esta sentencia. ¡Oh! cómo mucho mejor lo experimentaríamos todos en nuestras obras y en nuestras almas, si en todas partes tuviéramos escrita y á los ojos esta sentencia del Catecismo: *¿Para qué fin fué criado el hombre? Para amar y servir á Dios en esta vida, y despues verle y gozarle en la otra.* Este fin soberano refrenaría nuestros apetitos, compondría nuestras acciones.

¡Oh, Dios de mi vida! descanso cumplido de nuestros deseos, centro de nuestros corazones, principio de nuestra felicidad y fin de nuestra gloria, que con sola tu vista inundas el Cielo, endulzas tantos millares de Bienaventurados, y que con sola tu memoria rebozas de delicias en la tierra á tus siervos: no permitas, señor, que nosotros seamos tan infelices y de tan mal gusto, que dejando el dulce néctar de tus consuelos, bebamos con tantas ansias las repetidas hieles que nos dá el mundo. ¿Hasta cuándo, Señor, tendremos olvidada tu hermosura, que tiene de sí suspensas todas las gerarquías de los Angeles, por buscar los placeres en tantas apariencias engañosas que nos mienten, y en tantos mentirosos placeres que nos burlan? ¿Hasta cuándo la sed de nuestros deseos, dejando el impetuoso raudal de tus delicias, andará buscando las aguas llenas del lodo de este Egipto y las Cisternas rotas de este mundo? ¡Oh, Dios mio! ¿Cuándo correré á tí como á mi centro? ¿Cuándo te buscaré como á mi fin? ¿Cuándo te abrazaré como á mi descanso? Manjar soberano, que solo satisfaces; dulzura que solo deleitas, derrama en nuestros lábios una sola

gota de tus infinitos placeres, y despreciaremos como amarguísimos agenjos todos los del mundo, y solo nos aprovecharemos de sus criaturas como medio, no donde nuestro amor se detenga, sino por donde pisándolas pase á conseguir el fin de verte y gozarte en la Gloria.

PLATICA XIII.

DE LOS PRINCIPALES MEDIOS CON QUE HEMOS DE CONSEGUIR
NUESTRO ULTIMO FIN,
QUE SON LA FE, LA ESPERANZA Y LA CARIDAD.

A 6 de Julio de 1690.

Saber, poder y querer, todo es menester que se junte para que tengan logro en la ejecucion las obras. El que sabe, pero no puede, nada consigue: el que puede, pero no sabe, nada logra: el que sabe y puede, pero no quiere, su saber y su poder de nada le sirven. Así que, para todas nuestras obras y para todas nuestras empresas, son menester siempre juntos estos tres infinitivos: *saber, poder y querer*. Pues esos son los que nos enseña el Catecismo.—Ya veo, Padre, (me dice alguno) lo soberano y precioso del fin último para que fuí criado, es Dios, yo lo confieso; pero si mi fin está tan escondido á mis ojos, tan retirado á mis sentidos, ¿cómo podré saber y conocer lo que en ese fin tengo de bienes? Mas si ese fin está allá tan léjos, tan encumbrado, tan alto, pobre de mí que son tan pocas y tan débiles mis fuerzas, ¿cómo he de poder conseguirlo? Más tengo que oponer, y es, que si mis sentidos me están mostrando en el mundo las